

La necesidad de resistir en medio del dolor

12.1–17

... corramos con paciencia... (12.1).

Cualquiera que halla observado atletas correr en una maratón, reconocerá que este evento es una de las competiciones más exigentes que jamás se haya ideado. Es una prueba de resistencia y velocidad. El rápido paso que los corredores olímpicos mantienen a lo largo de los 42 kilómetros de la carrera nos maravilla. Y la increíble resistencia de los atletas también nos maravilla. El poder correr en una maratón es el resultado de dolorosas horas empleadas en la adquisición de la necesaria resistencia. Pero incluso los corredores experimentados chocan con lo que se conoce como la “barrera del dolor” durante la maratón. Este momento puede llegar alrededor del trigésimo sexto kilómetro, cuando al corredor todavía le falta largo trecho por recorrer. Este es el momento cuando su capacidad para resistir es más severamente puesta a prueba. El dolor es desanimante. Puede que empiece a tener dudas acerca de si podrá acabar la carrera, y comienza a considerar la posibilidad de retirarse. Si él acaba la carrera, es por su capacidad para resistir la “barrera del dolor” hasta el puro final.

Según el testimonio de varios escritores del Nuevo Testamento, la vida cristiana es como una competencia atlética. Puede compararse con una pelea (1 Corintios 9.26–27) o con una carrera de larga distancia (1 Corintios 9.26; 2 Timoteo 4.7). El autor de Hebreos usa la imagen de la competencia atlética cuando dice: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la

carrera que tenemos por delante...” (12.1). Era una ilustración apropiada para ser aplicada a esta comunidad cristiana, cuya vida ya se había comparado con un peregrinaje (capítulos 3, 4). Al igual que el corredor de larga distancia que ya había llegado al final de la carrera, ellos estaban fatigados. Ellos tenían “las manos caídas y las rodillas paralizadas” (12.12). Ya habían llegado a su propia barrera del dolor. Habían comenzado el peregrinaje cristiano mucho tiempo atrás, pero ahora estaban descubriendo que la vida cristiana es una carrera de larga distancia y no un esprint.

“Os es necesaria la paciencia”, se les dijo (10.36). Tener fe significa aferrarse en medio del dolor, los sentimientos de duda y las promesas que no se han cumplido (11.13). Algunos de los lectores estaban retirándose de la carrera y descuidando y menospreciando su gran esperanza porque ellos, al igual que el corredor de larga distancia, estaban desanimados por la presencia del dolor.

La ilustración de la carrera de larga distancia puede no ser popular hoy día porque nuestra cultura espera que en la vida no haya dolor. Es popular esperar que haya píldoras para nuestro estrés, una bebida por la noche para calmar los nervios, y drogas para embotar los sentidos. No debe extrañar mucho, entonces, que el cristianismo que a menudo se promociona, se espere que sea indoloro. A menudo oímos de un cristianismo que actúa como una varilla de virtudes para eliminar nuestro dolor. Algunos suponen que ha de abrirnos nuevas puertas y hacernos ricos y populares. Para otros es como la magia que nos saca de una situación de estrés y nos promete alivio del dolor.

Pero lo cierto es que la vida cristiana entraña

dolor y desánimo, y nos lleva a tener dudas acerca de si podemos acabar la carrera. La primera señal de dolor podría ser devastadora, especialmente si hemos sido llevados a creer que nuestro cristianismo sólo traerá alivio del estrés.

Pablo experimentó el dolor en su vida cristiana. El aguijón en su carne (2 Corintios 12.7 y siguientes) era un mal crónico del cual no había alivio. Nosotros también experimentamos dolor por causa de nuestra fe. Los lectores de Hebreos lo experimentaron. Inmediatamente después de su bautismo, ellos habían sostenido “gran combate de padecimientos”. Habían sido hechos espectáculo y objeto de abuso, y habían sido despojados de sus bienes (10.32–34). Muchos de los lectores habían comenzado a preguntarse: “¿Por cuánto tiempo más podremos seguir?”. La lucha era desanimante.

¿Cómo hace uno para resistir cuando ha chocado con la “barrera del dolor” en su vida cristiana? El autor de Hebreos jamás insinuó que el cristianismo aliviaría del dolor. En lugar de ello, él le recordó a una comunidad cansada, que todos nosotros estamos participando en una gran competencia atlética, la cual debemos resistir hasta el final. La palabra que se traduce por “combate” (*athlesis*) en 10.32, es el término que se usa para referirse a una competencia atlética. Luego, en 12.1, él dice: “... corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”.

LA HERENCIA DEL DOLOR

¿Cómo vamos a poder continuar en una carrera cuando estamos cansados? El escritor de Hebreos les describe a sus lectores un gran estadio en el cual tenemos “en derredor nuestro” una gran nube de testigos (12.1). Es como si la iglesia se encontrara en el campo de competencias. La densa masa de espectadores parece una nube por encima de ella, en el estadio. Los testigos no son simplemente espectadores neutrales. Ellos han venido a animarnos con aplausos. Somos fortalecidos en el momento del dolor por el ánimo de la multitud que está a favor nuestro.

Y nosotros deberíamos estar animados con esta multitud que está a favor nuestro. Estos testigos son nuestros predecesores. Antes de animar a sus lectores, el autor les describe a éstos los héroes del pasado que “alcanzaron buen testimonio mediante la fe” (11.39). La palabra griega que se traduce por “testigos” (*martus*) apareció en el capítulo once (vers.^{os} 2, 4, 5, 39) para describir a personas a las que Dios ha aprobado. Estos hombres y mujeres del Antiguo Testamento conocieron su cuota de frustración (11.13), de riesgo y de dolor al creer. El

autor concluye:

... Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas; que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros... otros fueron atormentados... otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados... anduvieron... pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno;... (11.32–38).

Tenemos, por lo tanto, una herencia de dolor. Ser fiel es continuar a pesar del dolor. Otros corrieron la carrera delante de nosotros, al igual que nobles y disciplinados atletas. Ellos, también, consideraron la posibilidad de retirarse, pero acabaron su carrera. Y ahora dependen de nosotros para acabar la carrera, pues, sin nosotros, la obra de ellos estaría incompleta. Dice: “Para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (11.40). De modo que la gran “nube de testigos” nos apremia a ser fieles en medio del dolor.

No obstante, el más grande de todos los ejemplos de fidelidad en medio del dolor, es Jesús, el “autor y consumidor de la fe” (12.2). El “autor” o “pionero” (RSV) (*archegos*; 2.10; 12.2) fue el que “abrió la vía” o el fundador que abrió el camino. Jesús anduvo antes que nosotros por el camino en el que ahora nosotros andamos, y demostró que es posible. Él ha corrido la carrera delante de nosotros y ha enfrentado nuestro dolor, frustración y decepciones. Él “sufrió la cruz” cuando la lucha parecía inútil. En efecto, la fe cristiana tuvo su origen en la lucha por resistir el dolor. Jesús es el pionero, en el cual nosotros miramos un modelo para resistir. En consecuencia, el autor dice: “puestos los ojos en Jesús...”.

El atleta que se distrae de la meta está destinado a desanimarse y a retirarse. Su única esperanza de mantener su determinación es mantener sus ojos puestos fijamente en la meta. Asimismo, a los cristianos desanimados se les dice que pongan su mirada en Jesús. Él ha andado el camino delante de nosotros, y él ha llegado al destino.

George Buttrick nos recuerda que Cristo jamás procuró escapar del dolor.

Uno se pregunta si nuestro facilón culto a la “personalidad” y al éxito, aunque se predica en ciertas iglesias, alguna vez recordará que el Jesús (que supuestamente predicaban) fue clavado de las manos, y murió como un delincuente común... Él entró directamente y con plena

conciencia al seno del dolor, y no aceptó sedante alguno... Esta fue la forma como él nos dijo que el secreto del dolor no se encuentra a este lado del dolor, mucho menos para el hombre que trata de esquivarlo, sino que atravesándolo limpiamente —se encuentra al otro lado de él.¹

Así, ni Jesús ni el autor de Hebreos proporcionaron un sedante para el dolor. No se prometió una solución rápida ni una victoria fácil. La fe no significó la inmediata liberación de la angustia física o emocional. Más bien, la fe significó el comienzo del dolor. Ella puede incluir el tener que sobrellevar males del cuerpo, como en el caso de Pablo, o el tener que soportar maltratos de los demás, como en el caso de Jesús.

Hay una escena en la obra dramática de George Bernard Shaw, *St. Joan (Santa Juana)*, en la cual el obispo le dice a Juana de Arco que él teme que ella esté enamorada de la religión. “¿Hay algún daño en ello?”, le preguntó ella. “No”, contestó el obispo, “pero podría ser peligroso”. Él recordó que el cristianismo comenzó con una cruz.

Cuando el atleta choca con la barrera del dolor, no hay nada que pueda hacer, excepto resistirla si es que tiene el propósito de acabar la carrera. La gente de nuestra cultura no desea que se le diga que tiene que *resistir* algo desagradable. Pero la historia de la cruz es una gran historia de resistencia. Jesús “sufrió la cruz” (12.2), y “sufrió tal contradicción de pecadores” (12.3). La cruz nos recuerda que el dolor no se alivia instantáneamente. La palabra griega que se traduce por “paciencia” (*hypomone*) en 12.1, es el mismo término que se usa para el sufrimiento de Jesús en 12.3.

Job y Pablo mostraron diferentes actitudes hacia el sufrimiento. En el Antiguo Testamento, Job jamás renunció a Dios, pero sí llegó al punto de cuestionar su justicia. En ciertos momentos pidió que hubiera un árbitro entre él mismo y Dios (Job 9.33), y dudó de que a Dios le importara lo que él estaba sufriendo. Pero Pablo pudo abordar el sufrimiento con mucha mayor ecuanimidad, incluso se atrevió a gozarse en sus padecimientos (Romanos 5.2; Colosenses 1.24). Pero ¿a qué se debió la diferencia entre Pablo y Job? ¿Podría ser que Pablo tuvo la ventaja de haber visto en Jesucristo que el sufrimiento tiene propósito? Él sabía que Dios participaba de nuestro sufrimiento por medio de Jesús. Nosotros también debemos poner los ojos en Jesús para entender que no estamos solos en nuestro sufrimiento.

Hay esperanza para el cristiano. El Cristo que

“sufrió la cruz” está ahora “sentado a la diestra de Dios”. Podemos hacerle frente a la barrera del dolor porque hay una meta adelante.

LA EDUCACIÓN DADA POR DIOS

En el discurso que Aleksandr I. Soljenitsin pronunció en Harvard, durante la ceremonia de entrega de diplomas de 1978, él describió la vasta diferencia que hay entre los opulentos pueblos del mundo occidental y los de Europa oriental. “Ha llegado a ser posible [en occidente] educar a los jóvenes conforme a estos ideales [de bienestar material], llevándolos al esplendor físico, a la felicidad, a la posesión de bienes materiales, de dinero y de ocio, a un disfrute casi ilimitado de libertad para los deleites”. Sin embargo, dice él, hay peligro en una libertad tan abundante. “Hasta en el campo de la biología se sabe que la extrema seguridad y el bienestar habituales, no son ventajosos para un ser vivo”. Los seres humanos que no experimentan dolor llegan a debilitarse.

Por otro lado, decía Soljenitsin, imagínese las privaciones de los que no viven en un país libre, y que no aspiran al derecho a una vida en la que no haya que luchar:

Seis décadas para nuestro pueblo y tres décadas para el pueblo de Europa oriental: durante este tiempo hemos pasado por una formación espiritual mucho más avanzada que la experimentada en occidente. La complejidad de la vida y el peso de lo mortal han producido caracteres más sólidos, más profundos y más interesantes, que los que ha generado el estandarizado bienestar occidental.

La furiosa embestida del dolor, la cual nos lleva a reflexionar sobre nuestra existencia puede, de hecho, ser el ingrediente que fortalece nuestro carácter. El autor de Hebreos hace esta observación. Justo en el momento en que sus lectores, al igual que cansados corredores, comenzaron a plantearse preguntas acerca del futuro que les aguardaba, él responde en 12.5–6, con una exhortación tomada de Proverbios: “No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección; porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere” (Proverbios 3.11–12).

No podemos tolerar el sufrimiento que no tenga propósito. Pero podemos aceptar sufrir si se nos asegura que Dios es nuestro Padre, y que Él está haciendo cumplir sus propósitos. Alan Paton escribió en su libro *Creative Suffering (El sufrimiento creativo)*, que esta experiencia es como si le dijéramos a Dios: “Hay quienes dicen que eres cruel, y nosotros confesamos que la crueldad del

¹ George Buttrick, *God, Pain and Evil (Dios, el dolor y el mal)* (New York: Abingdon, 1966), 150.

mundo nos atribula, de modo que tenemos momentos en los que dudamos; pero de tu bondad no tenemos duda alguna, habiéndola visto en la vida de Jesús; por lo tanto depositamos nuestras vidas en tus manos, para que las puedas usar para el bien de los demás”.² El cristiano que ha llegado a la barrera del dolor no necesita renunciar a Dios. Él sabe que Dios está tratando con nosotros como con hijos (12.5). Incluso Jesús, el inigualable Hijo, “por lo que padeció aprendió la obediencia” (5.8). De modo que, lo natural es que nosotros, como hermanos suyos que somos (2.12), también aprendamos por medio del sufrimiento.

La gente de antaño sabía que los hijos abandonados e ilegítimos, jamás recibían una sana educación. Pero los padres que verdaderamente amaban a sus hijos ejercían disciplina en ellos. En los tiempos antiguos era inaudita la educación que no incluyera castigo corporal (Proverbios 13.24; 22.15; 23.12–14). La palabra griega *paideia* significa educación, disciplina y castigo porque la educación incluía la corrección. En consecuencia, el autor de Hebreos les dice a sus desanimados lectores: “... soportáis la disciplina” (12.7). El sufrimiento no significa que Dios haya dejado de tener cuidado de nosotros; bien puede ser la

² Alan Paton, *Creative Suffering (El sufrimiento creativo)* (New York: Pilgrim Press), 17.

formación que un Padre preocupado proporciona.

Hay muchas cosas en la senda del peregrinaje cristiano que nos causan dolor. Además del dolor físico que nos prueba, puede darse el dolor psíquico que proviene de nuestra decisión de mantener nuestro compromiso cristiano en un mundo que desdeña nuestros valores. Está el dolor de las muchas crisis que enfrenta la iglesia, y la lucha por ser pacientes cuando estas crisis vuelven desagradable la vida. Lo más fácil para nosotros, en tales momentos, puede ser que nos retiremos y evitemos el dolor. Desde luego que no estaremos preparados para ello si esperamos que el cristianismo nos brinde solamente “vidas victoriosas” a perpetuidad. Pero la historia de la salvación muestra que el cristianismo nació con un Salvador que sufrió la cruz, y que ha continuado por la perseverancia de los que escogieron sufrir la disciplina de Dios (12.7).

Dios elige no eliminar el dolor de las vidas de sus creyentes. Si lo hiciera, podríamos servirle por motivos equivocados. Pero tampoco nos ha dejado Él con el temor de que nuestro sufrimiento sea en vano. Él ha demostrado en Jesucristo, que nosotros somos sus hijos, y que nuestro hermano mayor ya “sufrió la cruz” y atravesó la barrera del dolor hasta llegar a estar a la diestra de Dios. Nosotros, también, sabemos que podemos acabar la carrera porque Jesús sufrió sin rendirse. ■

La aplicación de la Escritura a la vida

Paz

La palabra *shalom* es un rico componente del vocabulario judío. El saludo es usado entre los judíos de todo el mundo. Es la palabra hebrea que se traduce por *paz*. Significa más que la simple ausencia de maldad y de conflicto, significados con los cuales asociamos nuestra palabra *paz*. Es una expresión por la que se desean todas las cosas buenas que producen la felicidad.

Escuchar

Ustedes recordarán la respuesta que David Hume les daba a los bromistas que lo acusaban de haberse hecho santo porque, cada vez que visitaba a su pueblo natal, acostumbraba ir a oír a cierto ministro predicar. “No voy a oírlo porque yo crea lo que dice”, explicaba Hume con profundo respeto; “lo oigo porque él cree lo que dice”.

Ingratitud

En la obra *Las mil y una noches*, cierto caballero, motivado por la más pura bondad, se echó al

hombro a un débil anciano para ayudarlo a llegar a su destino; pero una vez allí, el anciano se rehusó a bajarse. Él era el Antiguo Anciano del Océano, y llegó a ser un peso aplastante sobre los hombros de aquel que había procurado trabar amistad con él.

Malas compañías

Un viejo loro se escapó de la casa de hacienda y se juntó con unos cuervos que estaban en un sandial. El granjero, desconociendo lo anterior y buscando proteger el fruto de sus esfuerzos, les disparó con su escopeta. Los resultados fueron tres cuervos muertos y un encrespado loro al que le faltaba un dedo de una de sus patas.

El granjero lo llevó amorosamente a casa, donde los niños exaltados, formando un círculo, preguntaron: “¿Qué lo causó?”.

“¡Malas compañías! ¡Malas compañías!”, contestó el loro.

Había hablado con más sabiduría de la que tenía. Su insensata elección de compañeros le había puesto su vida en peligro.